



PARIS: ENTRE LA CULTURA Y LA MODERACION

Inglaterra está en un proceso francamente interesante: desde hace unos años se está socializando progresivamente, sin ruido ni manifestaciones demagógicas.

No hace mucho me decía un amigo que, si por casualidad vinieran a gobernar ahora los conservadores, no tendrían más remedio que aceptar lo realizado por los laboristas en la estructura económica del país, porque el pueblo lo ha asimilado y no pueden oponerse a algo que es vital ya en él.

Los niveles económicos están en Gran Bretaña muy igualados; las diferencias entre lo que gana un obrero cualificado y un ingeniero son mucho menores que en la mayoría de los países europeos. El nivel de precios es, además, francamente satisfactorio: Londres —en general— es una ciudad bastante más barata que París. Incluso algunas cosas son más económicas que en España, y ese fue uno de los aspectos que más nos chocaron al grupo de amigos que allí estuvimos hace pocas semanas.

Y, sin embargo, hay una inquietud de fondo en algunas minorías inglesas que les lleva a querer algo más: el modelo socializado que viven les parece un paso, pero quieren otra cosa. No por ambición personal, sino por convicción humana. Y esto, ni choca ni produce una dura repulsión en ese país.

No olvidemos que Inglaterra fue la que recogió a Marx cuando tuvo que salir de Alemania, y a Kropotkin cuando huyó de Francia. Y esa tradición se conserva, al lado de otras de signo muy distinto.

Lo más curioso —y aleccionador— es que la revista mensual «The Anarchist», que recoge las tendencias sociales extremas, no está confeccionada por exaltados agitadores, sino por profesores universitarios y sociólogos anglosajones (muchos de ellos profesan en Universidades norteamericanas), los cuales enfocan los problemas de modo científico, aunque a algunos les puedan parecer discutibles sus puntos de vista. Hasta dedican un número completo a exponer las ideas, sobre la organización del trabajo, de un especialista en dirección de empresas, James Gillespie, antiguo aprendiz en un taller manual, después dependiente de tienda, más tarde jefe de talleres y hoy consultor de dirección empresarial, autor de este trabajo publicado en «The Anarchist».

El prologoista —un líder anarquista— dice, sin embargo, defendiendo la postura científica del autor, que «los industriales le considerarán como un anarquista, y los anarquistas le verán como el apologeta de tomar medidas a medias; pero catalogarle así sería equivocarse sobre el sentido de sus argumentos».

Así de abierta y comprensiva es Inglaterra. Pero no Francia, por más que sea, hoy todavía, la patria indudable de la cultura.

Cuando 200.000 hippies —según la revista Plexus— pueden reunirse en Hyde Park en septiembre último, en París —en cambio—, desde principios de año, la Policía aparece todas las tardes por St. Germain des Près, con coches celulares y fusiles, para satisfacer a los moderados transeúntes franceses, limpiándoles de los desmelenados que por aquellas calles deambulan al atardecer o intentan sentarse en el suelo a charlar.

Si Hal, la excelente comedia musical hippie —con una música genial, sea dicho como inciso—, es representada al mismo tiempo en Londres y en París con un desgarramiento inusitado en el teatro hasta hace bien pocos años, sin embargo, el toque de la moderación se nota en la versión francesa, hecha por algunos de los principales autores y actores americanos de la versión original. Una escena en la que —esta fue la primera obra en que ocurrió esta libertad sexual— se presentan los actores desnudos, en la capital gala se hace esto a media luz.

Hoy, en medio de la cacareada libertad francesa, ese toque de moderación choca con el abierto mundo anglosajón, que nada le detiene, sea para bien o para mal.

Lo que habría que preguntarse —si somos sinceros— es si ese enseñar y ocultar, ese amplio exponer, pero limitado, no es, en el fondo, más perturbador porque sugiere más.

Hace años, bastantes años, leí la Filosofía de la coquetería, de Georg Simmel, y demostraba en ella que las tribus primitivas hoy existentes (no vamos ahora a discutir el problema de si son verdaderamente primitivas o no lo son) usaban de este subterfugio —de enseñar y ocultar— para atraer sexualmente más, porque habían comprobado que era más excitante esta coquetería de lo casi desnudo que lo desnudo total. El que se tapaba algo, aunque fuese muy poco, era más llamativo que el que nada ocultaba.

Pero ahora no estoy discutiendo —no lo olviden los lectores— de la moralidad o no moralidad de esta costumbre que se ha hecho endémica en los espectáculos actuales de casi todo el mundo; ni tampoco hablo de sus raíces indudablemente infantiles en el hombre de hoy, sino simplemente sugiero que hay que profundizar un poco más a la hora de calibrar lo que es más o menos inmoral, porque no es tan fácil resolverlo con un más o menos cuantitativo.

Por ejemplo, en París vi la excelente película More, que relata la vida de la juventud extranjera en Ibiza. Es, desde luego, una película más realista que un espectáculo de strip-tease; pero mucho más aleccionadora a la hora de calibrar su grado de moralidad. Sin embargo, los espectáculos semi-desnudos de pura diversión no tienen ningún problema con la censura francesa, y —en cambio— este film los tuvo por relatar objetiva y fríamente, sin apologética o malicia de ninguna clase, el proceso degradador en que va cayendo una buena parte de la juventud actual.

Ese calibre para medir la moralidad por la simple moderación cuantitativa tiene estas fatales consecuencias. Se deja libertad, hasta un cierto límite —muy liberal por supuesto—; pero si este límite se traspasa, no se mira al efecto profundo de la enseñanza objetiva que se obtiene con la representación, a pesar de que sea más aleccionadora aun sin proponérselo (y precisamente por no proponérselo). Hay que cumplir con la regla, y eso es lo que muchos piensan que es lo moral; o al menos, que esa es la moralidad pública.

Nuestro país —mucho más comedido en estas manifestaciones— se encuentra, por supuesto, mucho más del lado de la malicia francesa que de la objetividad anglosajona. Nosotros nos permitimos —eso era corriente ya en los ambientes eclesiásticos más conservadores de antaño— los chistes del más subido color o las revistas teatrales maliciosas; pero no el realismo, aunque éste sea humanamente más aleccionador que esas manifestaciones, porque todo lo que es profundamente objetivo tiene la virtud de aleccionar la conciencia espontánea del ser humano.

Yo, ahora —por supuesto—, ni abogo ni dejo de abogar —porque esa no es la cuestión que hoy trato— por este desnudismo en las pantallas o en el teatro; pero sí digo que si no está comercializado, como no lo está en More, resulta preferible al strip-tease comercial, porque no puedo aceptar por sistema la pura comercialización del arte, sea de la categoría que sea, y, sobre todo, empleando un semi-realismo confuso.

De ahí que me inclino más —de tener que elegir algo, sin dar margen a otra opción— por el socialismo y la libertad realista inglesa que por la moderada malicia francesa, demasiado comercializada, especialmente en la fase política pompidouriana que ahora se vive.